

imp
ORACION FUNEBRE

EN HONOR DEL SR. Pbro. BR.

D. JUAN CABALLERO Y OCIO,

Pronunciada por el Señor Canónigo

Pbro. D. Estéban G. Rebollo,

en la Iglesia

de la Congregacion el dia 10 de Abril de 1891.

EN LAS HONRAS

QUE DEDICÓ LA I. Y V. CONGREGACION

A TAN INSIGNE BIENHECHOR.

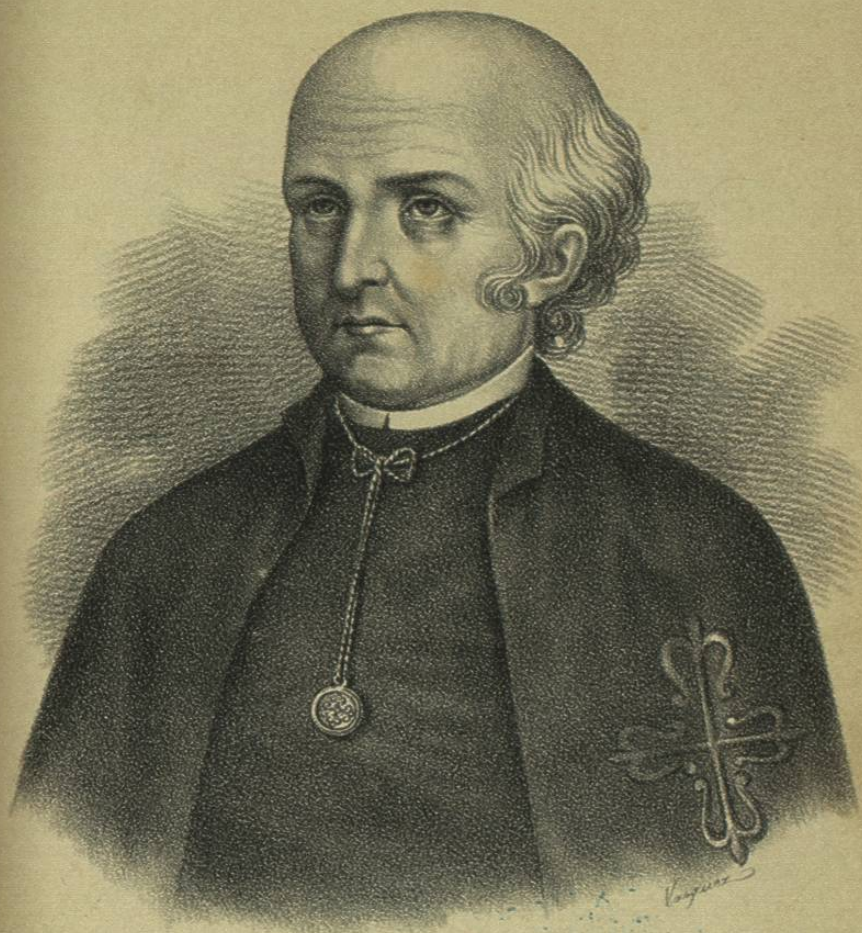


QUERÉTARO.
IMPRESA DEL ROSARIO.
Calle Nueva núm. 10.

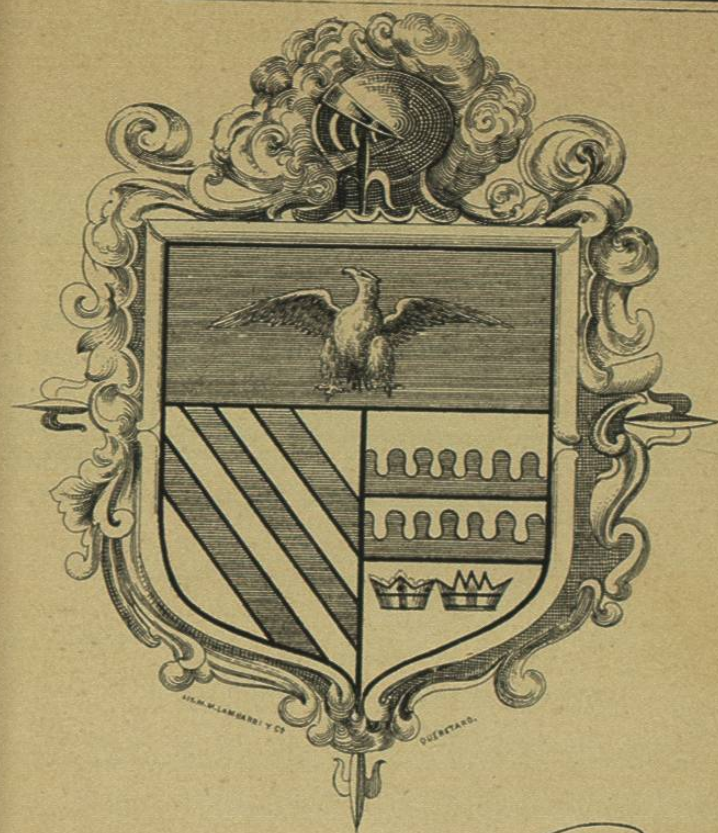
—
1891.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

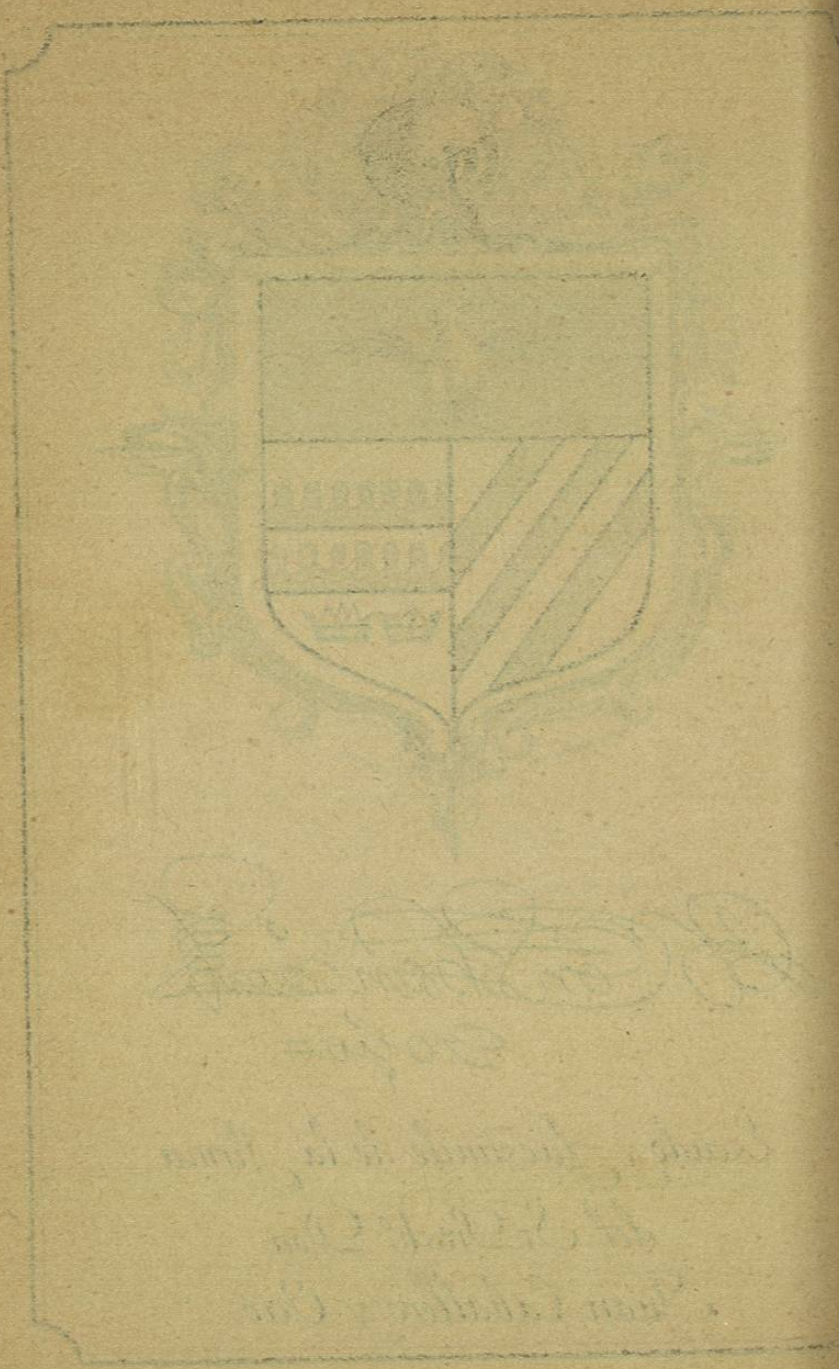


El Señor Presbítero Br. D. Juan Caballero y Ocio, Bienhechor insigne y varias veces Prefecto de la I. y V. Congregación de Sacerdotes seculares, erigida en honor de Santa María de Guadalupe, en la ciudad de Querétaro.



Don Juan Caballero y Ocio

Escudo y facsimile de la firma
del Sr. Presb.^o Don
Juan Caballero y Ocio.



Gobierno Eclesiástico de Querétaro.

Habiendo leído la presente Oración fúnebre del Sr. Pbro. Br. D. Juan Caballero y Ocio, formada por el Sr. Canónigo D. Estéban G. Rebollo, concedemos nuestra licencia para que se imprima y circule entre los fieles.

Dado en Querétaro, á 8 de Marzo de 1891.

✠ *El Obispo de Querétaro.*

Por mandado de S. S. I.,
Pbro. Lic. Manuel Rivera,
Pro-Secretario



¿Quis est hic et laudabimus cum?
Fecit enim mirabilia in vita sua.
Eccli. Cap. XXXI v. 9.

Íllmo. Señor.

M. I. y V. Congregacion:

Los grandes hómbrés, esos genios privilegiados, que algunas veces aparecen entre nosotros, enviados por Dios al mundo como instrumentos de sus grandiosas obras, han sido la admiracion no solo de sus contemporáneos, que fueron testigos de sus esclarecidas virtudes, sino de las generaciones posteriores, que acogieron con tanto mayor respeto y gratitud su memoria, cuánto más acompañada ha venido á ellos de las bendiciones de sus antepasados, que quizá fueron objeto de su proverbial generosidad.

La historia y los monumentos han sido el medio por el que han llegado hasta nosotros los hechos, que acreditan el verdadero mérito de los que nos precedieron. Y por esto los grandes génius que por su talento esclarecido

se reputan como brillantes astros del mundo literario, los célebres campeones que con valor esforzado salvaron en los campos de batalla el decoro y la integridad de su patria, y los eminentes políticos, que con hábil mano impulsaron los delicados asuntos del Estado, merecieron que sus nombres fuesen inscriptos con caracteres de oro, no solo en las páginas de la historia, sino sobre suntuosos monumentos para inmortalizar su memoria en las generaciones venideras. Pero esta gloria es vana, porque en los hombres no hay cosa alguna grande si no lo que proviene de Dios: la rectitud del corazón, la verdad, la inocencia, la regla de las costumbres y el imperio sobre las pasiones son la verdadera grandeza y la única y legítima gloria, que nadie le puede disputar. Todo cuanto hay en los hombres, que proviene de ellos mismos, está manchado, por decirlo así, con el mismo barro de que están formados; examinad los motivos de las acciones más famosas, y de los más extraordinarios sucesos: en lo exterior todo admira, y no se ve más que al Héroe; pero entrad más adentro, buscad al hombre y vereis: que como dice el Sabio, *no hallais más que lodo y ceniza. Cinis est enim cor ejus, et terra supervacua spes illius.* (1)

La religion, Señores, es la única escuela en

(1) Sap. XV. 1º

donde se aprende á ser grande, donde se estudia la verdadera ciencia que nos lleva á Dios, donde se practican los deberes de justicia y caridad, que nos unen á nuestros semejantes, y donde nuestro corazón se fortifica en la gracia para sobreponerse á todos los obstáculos, que puedan detenernos en la marcha del tiempo á la eternidad. Quitad esas basas, y todo el edificio vendrá á tierra y no quedará más que lo que somos nosotros mismos. Roma y otras naciones del paganismo multiplicaron sus héroes; pero no lograron que su gloria se propagase perpetuamente, pues tarde ó temprano esos famosos monumentos que la significaban, vinieron á ser el triste juguete de los tiempos y de la inconstancia de las cosas humanas. Felices los que solo en Dios han cifrado su gloria. El es el único á quien corresponde dar mérito y valor á las obras que se practican por los despreciables seres de la humanidad. Así pues, Señores, los eminentes hombres de virtud, que ha habido desde que el mundo existe, y á los que mucho les debemos, jamás abrigaron en su alma la más ligera idea de trabajar por su propia gloria, ni mucho menos se propusieron legar su nombre á la posteridad para que fuese honrado con los pomposos títulos de una grandeza efímera. Antes bien, si de algun elogio fueran dignas sus relevantes prendas, y que á sus oídos resonasen las ala-

banzas merecidas por su indisputable mérito; oidles exclamar llenos del convencimiento íntimo de su propia y natural miseria: *Non nobis, Dómine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* (1) No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu Nombre Santo corresponde exclusivamente el honor y la gloria. Y Dios que es glorificado por sus criaturas, se encarga entonces de glorificarlas, no solo eternamente en el cielo, sino tambien temporalmente en la tierra, presentándolas como astros brillantísimos, en cuyas almas puras refleja el Sol Eterno sus radiantes rayos: como hombres de recto y puro corazón, en quienes abundan los dones de su santo Espíritu, y como modelos á quienes debemos imitar en sus virtudes.

Los libros santos, ese código divino de que Dios ha hecho depositaria á su Iglesia, abunda en frases encomiásticas, que enaltecen á los hombres de verdadero mérito, segun las virtudes en que más brillaron acá en el mundo. Así es que, al presentar como objeto de vuestra religiosa atencion á un digno Sacerdote, que empleó sus cuantiosos bienes en socorrer á los pobres, y en levantar suntuosos templos al Dios de la verdad, que en su corazón siempre compasivo encontró la desolada viuda no solo el pan con que se alimentó, y el vestido con que

(1) Psalm. CXIII, v. 1.

cubrió su desnudez, sino palabras llenas de ternura y de consuelo para animarla en los aciagos dias de su infortunio: que la tímida y casta doncella, quizá en los momentos críticos de descender al negro abismo de la deshonra, acosada del hambre y de la miseria, halló en su mano bienhechora un apoyo que la contuvo: que el desdichado y achacoso anciano, víctima de la miseria más espantosa, al tender hacia él su mano trémula, consiguió mejorar su horrible situacion: que el huérfano y el desvalido jamás tocaron las puertas de su caritativo corazón, sin encontrar proteccion y recursos. Oid como Dios le busca entre los hombres para tributarle merecidas alabanzas, no obstante que él se oculta entre las sombras de su profunda humildad y se confunde entre la multitud. *¿Quis hic et laudabimus eum?* ¿Quién es él y le alabaremos? ¡Ah! ese hombre ilustre, ese Sacerdote venerable, es el Sr. Br. D. Juan Caballero y Ocio, miembro esclarecido é insigne benefactor de nuestra muy amada Congregacion, á quien Dios Nuestro Señor designó para que erigiese este templo, en honor de su Augusta Madre María de Guadalupe, á quien colmó de riquezas y bienes temporales sin apegar á estos jamás su corazón. Por el contrario, los puso en manos de Dios, para que Él fuese el árbitro y dueño de ellos, distribuyéndolos en abundantes socorros á favor de los necesitados.

Stabilita sunt bona illius in Domino y por esto los justos en el cielo y los pobres en la tierra, celebrarán sus limosnas. *Et elemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.* (1)

A la verdad, Congregacion Ilustre y Venerable, nada más justo y debido podiais haber acordado, que tributar honores de imperecedera gratitud á la memoria de tan egregio personaje, y esto es tanto más preciso y necesario; cuanto que en esta época aciaga y turbulenta para la Iglesia católica, en que el sacerdocio es el blanco de la maledicencia y de la calumnia de sus gratuitos enemigos, importa que se conozca su espíritu benéfico, su mision civilizadora, y los inmensos bienes que por su medio han reportado los pueblos. Este será el asunto que propondré á vuestra religiosa atencion, si me favoreceis con ella, y me ayudais con vuestras súplicas á impetrar de Dios los auxilios que necesito.

El orgullo se había apoderado del corazon del hombre á consecuencia de la caida original, y ese mónstruo enemigo implacable de la humanidad, venía desarrollándose más y más, en términos de empuñar en su mano el cetro de todo el mundo, y por doquiera que tocaba con la punta del emblema de su poder, todo lo ponía en confusion y desórden. La humanidad

(1) Eccli. Cap. XXXI. v. 14.

entera estaba sometida al brutal imperio del más fuerte; los débiles, los pobres y los desgraciados, no se les miraba sino como la deshonra de la humanidad, el oprobio de sus semejantes y una carga pesada para los Estados. Ellos eran la víctima destinada por el capricho de sus Señores, para arrastrar sin esperanza la cadena de los infortunios; ser la excepcion de todas las naturales reglas de la equidad y de la justicia, y reportar al fin sobre sí, las exigencias de sus criminales instintos. Cubrid, dice un escritor moderno, con la punta del dedo ese pequeño pueblo donde se adora al verdadero Dios, y ya no vereis por todas partes más que horrores increíbles. El paganismo adoró primero al hombre, luego divinizó sus vicios, después dió culto á las béstias, posteriormente declaró dioses á los vegetales y no hay quizás una materia inmunda que él no elevase á la categoría de cosa sagrada. El antiguo Egipto se humilló ante el culto del feticismo: la Persia dobla su cabeza ante las supersticiones del sabeismo. La Siria, que es como si dijéramos la antigua cuna del mundo y de la verdad, cambia ese sagrado depósito que le revelaron los Patriarcas, Moisés y los Profetas, por un maniqueismo absurdo; y la misma Roma, ántes tan austera con aquellas virtudes que le había inspirado el incompleto dogma conservador que alcanzó á vislumbrar, esa Roma señora de las

naciones y esclava siempre de sí misma y de su corrupcion, llegó con su ciega idolatría hácia las formas múltiples de la materia, á deificar las pasiones, los vicios y los crímenes. Las mugeres se entregaban á una brutal é inmunda embriaguez para honrar á Baco: las madres prostituian á sus hijas en honra de Venus, y mucho tendría que decirnos acerca de los excesos crapulosos, que se consagraban á Adonis, á Priapo y á Ceres. Pero hay todavía más; pues al ridículo, y á la infamia, tenía que acompañar la barbarie. La sangre humana, la sangre de niños, de mugeres, de vencidos y de esclavos corría sobre los altares. Una ley permitía la muerte de los niños, antes de que naciesen; y recién nacidos, Licurgo permitió fuesen degollados ó ahogados en ciertos casos. Trajano, ofrecido por el paganismo al mundo como un príncipe modelo, dió en una ocasion al pueblo el espectáculo de diez mil gladiadores, que se degüellan mutuamente. Pero aún os falta que oír. Cierta dia resonaron por el circo, ó por el anfiteatro, aclamaciones frenéticas, llegaban hasta el cielo los gritos de la multitud; se tributaban universales aplausos; se mostraban delirantes alegrías; había loco entusiasmo; era un instante de ébria enagenacion . . . y por qué, Señores? A quién se aplaudía? A quién se celebraba? ¡Horrorizaos! Se aplaudía á un esclavo, que abriéndose él mis-

mo su vientre descubría, anegado en sangre, sus entrañas á la entusiasmada multitud.

A los pobres se les colocaba, de orden de los Emperadores, en los barcos, y éstos eran abandonados, en alta mar, á la furia de las olas, sin pilotos y sin víveres. El pobre era considerado como una casta maldecida por el cielo. Los esclavos eran vendidos, y tratados como si no fuesen más que viles animales. Por solo una ligera falta eran entregados á millares, á la ferocidad de los tigres, de los leones ó de las panteras, ó se les arrojaba vivos en los semilleros de las huertas, ó jardines donde sus carnes palpitantes servían de alimento, ó de estiércol, á los árboles y demás plantas que habian de suministrar fruto para la mesa de aquellos sanguinarios amos. Sí, la más cínica licencia, la depravacion más espantosa y la corrupcion más inmunda, estaban autorizadas y aún prescritas, y todo sentimiento humano, así como todo principio de autoridad estaba muerto, en aquellos corazones egoistas y corrompidos. El género humano semejante á un ciego, á quien un vértigo fatal precipita hácia su ruina, tenía necesidad de un fecundo principio de vida, de gloria y de virtud, si había de salvarse. La razon del hombre tan oscurecida, tan degradada y su corazon tan envilecido, y sus naturales sentimientos tan desfigurados, reclamaban la aparicion de una luz divina, que iluminase